

idiosincrasia. Se acorazó de rebelde África y paseó por las calles su inflexible desdén de inadaptada.

Cierta ocasión un poeta joven pretendió cortejarla y con rimas intrépidas atrevióse a modular sus cuítas. Pero he aquí que el rendido madrigalista se encontraba en el caso de abandonar a su antigua prometida para consagrarse a la "Dea", como él gustaba llamar a la poetisa. Indignó a María Eugenia la situación de competidora en que la colocaba el cuítado y al impulso de su soberana lealtad íntima, envióle, con la firma de su prometida, este soneto:

"Deja dormir en paz el alma de la "Dea"—  
Sobre la torre angusta de su melancolia.—Deja que  
surque sola su trágica odisea.—Y tú, marcha con-  
migo sobre la misma vía.—Ofrendará su sangre  
para tu idolatría—mi corazón humano donde el  
amor flamea...—Yo guardo entre mis labios la dulce  
miel hiblea—ella, no puede darte la sabrosa ambro-  
sia!—Su pecho está sepulto bajo una áurea coraza  
—el mío fervoroso, conservará tu raza—su "hermo-  
sura" es de sombras—mi belleza es de luz.—Las dos  
vamos prendidas por un azar distante—Yo de tus  
brazos entre la carne palpitante,—ella, de la quimera,  
sobre la eterna cruz".

Efectivamente, fué la quimera su cruz. Quimera luminosa de estrellas, perfumada de castos esluvios, trémula de canciones, insondable de meditación, millonaria de angustias. Fijo el númen en su inmutable predestinación: Ananké de su gloria, impávido en

el término de su calle de amargura, paso a paso la recorrió por entero al ritmo de su inmensa nostalgia...

¡Y se perdió en una sombra de astros! La tierra propicia la llamó de nuevo y apresuró el regreso. Cumpliéndose así la previsión de sus versos, (1) volvió a la tierra "triste de orgullos nobles e infecundos y con la virginidad de la estatuas." La tierra la habla "brotado caprichosamente alguna vez en que se confundieron sus potencias en una sola ráfaga." Fué así cómo hubo encontrado su senda, después de perderla en la "salvaje selva de su perpetuo afán contradictorio." Fué así cómo pudo, "tirar los ojos entre los astros quietos; tirar la boca entre los cálices de ferviente aroma." Fué así cómo dió su "último adiós al insondable enigma del deseo", invadiendo el imperio de la entraña materna,

*"Con su sayal mortuario toda envuelta  
"Como en una bandera libertaria"...*

¿Perdurará todavía en sus ojos el miraje de oro, en su garganta el trino, la desazón profética en su espíritu de sangre y mármol, y en sus venas los heroicos rubles, y el incendio solar de su corazón?

1924.

(1) «El Regreso».